

lo declara Irujo en *Inglaterra y los Vascos* (1). Ello prueba con evidencia, que Simón visitó y fué conocido por los habitantes de Jerusalén. Si bien existen dudas respecto al caso, a nuestro entender explicables, por la confusión que se nota entre los historiadores acerca de varios miembros de la misma familia.

Simón IV de Montfort, Señor de un pequeño Estado feudal del Norte de Francia, luchó contra Raimundo de Tolosa, en la famosa Cruzada contra los albigenses, heresia propagada al Nordeste de Vasconia, venciendo Montfort en la batalla de Muret en 1213. Después de la batalla de Bouvines (27 de julio 1214) entre los Reyes de Francia e Inglaterra, y concertada tregua en el famoso castillo de Chinon (Turena) con intervención papal, los nobles británicos lucharon contra su Rey Juan Sin Tierra, imponiéndole el 15 de junio de 1215 la famosa Carta Magna, y entre aquéllos se encontraba Simón IV de Montfort, que murió en 1218. Uno de sus hijos, el mayor, Almerico, cedió varios feudos de que disponía en el Languedoc a la corona francesa, apareciendo así aquellos en 1223-1226 como patrimonio de Luis VIII.

Hijo de Simón IV es Simón V de Montfort, casado con Leonor de Plantagenet, hermana del Rey Enrique III de Inglaterra, "figura verdaderamente regia. En Francia y en Jerusalén había desempeñado un papel en los años juveniles" —dice el historiador alemán Schneider (2)—, "y luego, añade, en Inglaterra". En 1258 que fueron una ratificación de la Carta Magna amplió obligó al Rey a aceptar las capitulaciones de Oxford,

(1) Manuel de Irujo: *Inglaterra y los Vascos*, Buenos Aires, 1945, página 43.

(2) Tedor Schneider: *El Nacimiento de los Estados nacionales*, Madrid, 1934, página 120.

Una vez fijadas posiciones y asentados lo suficiente en el aspecto militar, tras cruentas y duras luchas sostenidas con el ejército indígena, acamparon las tropas vascas y francas en las cercanías de Túnez.

Tenemos un documento auténtico de aquella jornada. El escritor Guillermo de Anellier, contemporáneo de aquellos sucesos, en su obra *La Guerra Civil de Pamplona* monasterio de Fitero, y que permaneció ignorado e inédita ⁽¹⁾, manuscrito escrito en provenzal, propiedad del ditto hasta que don Pablo de Ilarregui lo encontró y lo publicó en 1841, da cuenta de algunas fases bien interesantes por cierto que su autor presenció, y así lo hace constar en la estrofa octava que más adelante reproducimos, o por lo menos conoció por referencia de quienes se encontraron presentes en aquellas batallas. Hay que tener presente que esta obra no es de un vasco, sino de un provenzal contemporáneo de los hechos, por lo que su testimonio tiene muchísimo más valor documental.

De la jornada a Túnez y por tanto de la octava Cruzada que nos ocupa, la obra de Guillermo de Anellier, trae en su poema, que tiene más de crónica narrativa de hechos acaecidos, aunque ésta sea rimada, los siguientes versos:

Luis se llamaba que se hizo amar mucho,
Y le ocurrió pasar a ultramar,
Y dispuso sus navíos y los hizo aparejar,
Y avisó al Rey navarro que fuese con él,
A causa de su feudo de Champagne y para salvar su alma,
Y porque era su yerno quiso llevarle consigo.
La Cruzada fué grande y fueron a prepararse

(1) De esta obra se hizo una nueva edición en París en el año 1857 por el notable escritor y gran vascófilo Francisque Michel, pero tiene por base el mismo manuscrito que encontró el erudito don Pablo de Ilarregui y que donó a la Academia de la Historia de Madrid, donde se encuentra en la actualidad.

El Rey Thibalt respondè, alegre sin titubear:
 "Señor, en Jesu Cristo está nuestra esperanza,
 Y si nosotros sirviéndole morimos, es mi opinión
 Y mi fe que vendremos al brazo derecho de la balanza,
 Y no estaremos aquí para dormir ni para dar bienandanza,
 Si no para exaltar la fe de los cielos, que es nuestra
 [salvación."

Entonces el Rey de Francia, en señal de amistad,
 Le besó en la boca con muy grande alegría,
 De lo cual se alegraron todos.

(Estrofa xiii, versos 420 a 437.)

No se dijeron más razones, sino de bien y de amor,
 Y el buen Rey de Navarra, así como a Señor,
 Solazó al Rey que llevaba la flor
 Y después se volvió, con muy grande alegría,
 Derechamente a su tienda, donde estaba su auriflor,
 Y se hizo desarmar por el gran calor
 Que entonces tenía el mayor y el menor,
 Y puedo deciros que los guerreros,
 Los que fueron de Francia, no creo hubiese mejor
 Que entonces fué el Rey de Navarra, ni más combatidor.

Y si el día, cuando vinieron, hicieran, tanto rumor,
 No quedara en Túnez muro ni castillo ni torre
 Que no la tomasen, pues todo su pavor
 Era que los cristianos diesen sobre ellos,
 Y después, pasados unos días, ya no tuvieron temor,
 Y sucedió después que quiso el Salvador
 Que muriese el Rey de Francia, con lo que perdieron
 Todos los de la hueste, y tuvieron gran dolor. [el color
 Y el valiente Rey de Navarra por la gran tristeza
 Que hubo del Rey francés, y por el dolor y los lloros,
 Halló la muerte prontamente.

(Estrofa xiv, versos 438 a 458.)

Murieron el Rey de Francia y el de Navarra, los dos,
 Con lo cual todo el cristianismo bajó dos escalones

(Estrofa xv, versos 459 y 460.)

121:

te La Reina, antigua Gares, cuando dice: "a todos los caballeros necesitados (asistió), aun a los que no habían ido a sueldo suyo, hizo él gastos hasta su vuelta. Y a los más que la astucia de los agarenos había hecho cautivos dió libertad, parte con pactos, parte con dineros" (1).

Esta campaña a Jerusalén, como otras efectuadas poco antes, tuvo más de gloriosa que de positiva, al decir de Ortueta (2), pero aquellos méritos y virtudes no fueron bastantes para que "el obispo de Pamplona Don Pedro Jiménez de Gazolaz se retrajese de excomulgarle en 1246, por cuestiones de índole temporal", como nos recuerda Campi3n (3), y nos lo confirma Marichalar y Manrique, al asegurar que "sospéchase fuese por la propiedad y honor del Castillo de Montjardin" (4), aunque aña-de que después de dos años de lucha, llegaron Rey y Obispo a reconciliarse.

Con el Rey de Navarra, llegó al país todo el resto del ejército de sobrevivientes de la jornada a Jerusalén, siendo portadores todos de dos espinas de la Corona de Jesucristo, que se veneran desde aquella fecha en la Catedral de Pamplona.

(1) Marichalar y Manrique: *Historia de la Legislación. Fueros de Navarra, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava*, Madrid, 1868, página 49.

(2) Juan Iturralde y Suit: *Miscelánea Histórica y Arqueológica*, Pamplona, 1917, página 43, tomando la cita de los *Anales del Padre Moret*.

(3) Anacleto de Ortueta: *Nabarra y la unidad política vasca*, Bilbao, página 313.

(4) Arturo Campi3n: *Nabarra en su Vida Histórica*, Pamplona, 1929, página 195.